

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION MENSUAL DE LA
Facultad de Ciencias Económicas, Centro de Estudiantes
y Colegio de Graduados.

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscriptos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES:

Dr. Mario Sáenz

Por la Facultad

Santiago Pradel

Por el Centro de Estudiantes

Juan René Bach
Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES:

Dr. Luis A. Podestá Costa

Ing. T. Sánchez de Bustamante

Por la Facultad

Raúl Prebisch

Américo Riva

Por el Centro de Estudiantes

Dr. José P. Podestá

Dr. Italo Luis Grassi

Por los Graduados

Año XI

Junio de 1924

Serie II. N° 35

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

Page

Los Problemas Económicos del Norte Argentino (1)

El "conócete a ti mismo" que la sabiduría griega grabara en los umbrales del templo de Delfos, es tan cierto para los hombres como para las naciones; y para conocerse, es menester dialogar con franqueza con la conciencia, haciendo el balance de lo bueno y de lo malo, reconociendo los defectos o fallos espirituales que han sido causa de los golpes y fracasos que imputamos a una mala estrella, cuando en la mayor parte de los casos son imputables a nuestros propios extravíos.

Como a los hombres, el destino no se ofrece por igual a las naciones. Todas tienen que andar su propio camino, que resolver enigmas distintos, que hacer una jornada áspera para los unos más que para los otros. Y estos enigmas y problemas son de cada hora, distintos siempre.

Los argentinos, en un sentido, hemos nacido, más favorecidos por la suerte, que todos los demás países del continente sud-americano, porque los 3.000.000 de kilómetros cuadrados de superficie del nuestro, van desde el polo hasta el trópico y desde el Océano hasta los Andes, con la variedad de climas de que no disfrutaban naciones más extensas.

En cambio, la naturaleza nos ha sido hostil para la penetración de nuestra cultura y progreso, por la falta de puertos sobre el mar o nuestros ríos interiores, por carecer de vías de comunicación fáciles y baratas, lo que hacía decir a Sarmiento, que el mal que aqueja a la República Argentina es la extensión. Buenos Aires es, hasta hoy, casi la única puerta de entrada que dá vida al comercio y a las industrias de la mayor parte de las Provincias.

Y es por eso, que la vida de la República, tanto en lo político como en lo administrativo, ha girado alrededor de las ins-

(1) Conferencia pronunciada en la Facultad de Ciencias Económicas.

piraciones acertadas o erróneas de las influencias que desde aquí han dado impulso y orientación a la vida política y económica del país, sin conocer sus hombres la nación ni sus necesidades en la mayor parte de los casos.

Es estudio de historiadores y sociólogos, el determinar la parte de culpa que nuestros políticos del pasado han tenido en la segregación del Uruguay, Paraguay y Alto Perú. Es lo cierto que, sus errores desde el primer día, perfectamente explicables sin duda, determinaron el levantamiento de Artigas, al que siguieron los de las demás provincias argentinas, terminando por imponerse el sistema federal de gobierno después de cuarenta años de lucha. La batalla de Caseros, la Constitución del año siguiente y la revolución de 1880, son etapas de la misma jornada, que creyó resolverse definitivamente, con la capitalización de Buenos Aires, sin que en verdad se haya logrado dar solución al problema, mas que a medias, sobre todo en su faz económica. Los fenómenos económicos están íntimamente ligados con los políticos, y con más frecuencia de lo que creemos, son su consecuencia inmediata.

No se crea ver en mis palabras, el propósito de reabrir un debate histórico desagradable y sin objeto. Bien o mal, la solución dada a la cuestión Capital, fué la mejor que pudo hacerse, y si recordamos los errores del pasado, ha de ser solo para aprovechar sus lecciones. Si hemos dificultado nuestro progreso descuidando los intereses de ciertas regiones del país, señalemos el mal para poner más cuidado en adelante en sus necesidades. Formamos un organismo homogéneo y el daño a las extremidades, ha de repercutir por fuerza en la cabeza.

La política equivocada que provocara el levantamiento de Artigas el año 1811, y de los otros caudillos argentinos después, ha persistido en el orden económico del año 1880 a esta parte, con el resultado de que una Nación en la que pueden vivir en la abundancia y holgadamente más de cien millones de hombres, no alcance a tener hoy diez millones y que éstos vivan incómodos, en la escasez, divididos por los odios que engendra una vida difícil, egoísta y sin ideales.

Económicamente, la vida del pueblo argentino es la de un hombre que lleva a sus espaldas el fardo de una deuda enorme, que solo ha de solventar con espíritu de empresa inteligente y audaz, con vida arreglada, metódica y honesta. Según el Boletín de la Oficina de Estadística de la Nación, correspondiente al mes de Diciembre de 1923, la deuda privada y pú-

blica de la Nación y de las Provincias alcanza a la suma fabulosa de ocho mil millones de pesos. De ésta, corresponden tres mil millones a la Nación, Municipalidades y Provincias, pero el pasivo de todo el país, es de ocho mil millones, que equivale al valor de la cuarta parte del patrimonio nacional. Los intereses de esta deuda equivalen al valor de la renta anual de la Nación.

Como veis, la situación es sin duda grave, y no creo que exista problema más digno de meditación para los buenos argentinos, que el de dar con los medios que han de salvar al país de este momento tan delicado. Estoy lejos de pretender venir a daros aquí la clave de tales problemas, que requieren una preparación y un tiempo de que carezco, y que exigen la contribución de los hombres más inteligentes de la Nación. Quiero únicamente como ciudadano y gobernante de un estado argentino, deciros lo que pienso sobre algunas de las medidas que considero de oportunidad inmediata para tonificar el organismo nacional, en esta hora en que sus industrias madres están anémicas, y sus fuentes de producción sujetas a fenómenos aleatorios, con los daños que todos sienten en carne viva.

No es tampoco para causar espanto el monto de la deuda que pesa sobre nosotros, si sabemos sacar el partido que es menester, de nuestras riquezas naturales. Los argentinos, vivimos en forma análoga a la del labriego montañés, que había levantado su choza sobre el venero de plata que no sabía explotar. Hemos de salir del mal trance si los hombres que tienen en sus manos los destinos nacionales, como confío, ponen resueltamente manos a la obra de entregar a la producción, la inmensa riqueza muerta de las Provincias y de los Territorios nacionales, con un criterio inteligente y previsor.

Una deuda abultada, puede no tener significación para una persona que además de la materia prima con que ha de producir la riqueza, es diligente, metódica, y de talento; y a la inversa, una deuda pequeña, puede ser lápida ilevantable para el despreocupado, sin inteligencia ni perseverancia.

He dicho que ha sido una gran fatalidad para nuestra nación la falta de puertos y de vías de comunicación fáciles y baratas. Hoy el país se encuentra en condiciones de resolver el problema y solo falta querer hacerlo.

No se trata de un plan de obras nuevas, sino de terminar algunas a medio hacer, concentrando en las más urgentes y necesarias todo el esfuerzo de la Nación. Así debe terminarse

la línea a Huaytiquina o Socompa; en la costa del Pacífico, cueste lo que cueste. Esta obra es antipática para la opinión nacional debido a la forma como se le dió comienzo, sin estudios previos y siguiendo un trazado que no era el más económico ni conveniente para los intereses nacionales. La parte más costosa de la travesía, la del trayecto sobre el cuerpo principal de la Cordillera de los Andes, había sido vencida por el ferrocarril a la Quiaca. Un ramal que partiera desde Abra Pampa o Tres Cruces, como se le hizo notar al Poder Ejecutivo de entonces, hubiera ahorrado al país todo lo que se ha gastado hasta hoy sin alcanzar el altiplano. Pero el error se ha consumado y no hay más remedio que seguir adelante.

A raíz de un viaje reciente a Bolivia, he cambiado radicalmente de opinión sobre la necesidad e importancia de esta vía férrea, pues yo era de los que dudaba de su conveniencia, teniendo en cuenta los sacrificios que impone.

Sus beneficios serán de trascendencia incalculable tanto para nosotros como para la República de Chile. Se nos abre un mercado importantísimo, para nuestros ganados, granos, maderas y forrajes, mientras que Chile nos podrá enviar sus minerales y salitres que hacen ya mucha falta en nuestro país, sobre todo en Tucumán. Para la importación de las mercaderías que nos vienen de Europa y Estados Unidos, la apertura de esta vía valdrá tanto como abrir un pulmón al organismo nacional que padece de asfixia, por este lado, como consecuencia de la distancia a los puertos del litoral. Estoy también convencido de que, la corriente comercial que ha de abrir esta línea, tendrá como resultado unir a Chile y a la Argentina material y espiritualmente, en forma tal, que habrá de disipar para siempre el temor de una guerra que ambos pueblos verían como funesta para sus intereses después de palpar los beneficios recibidos. Bastaría esta consideración para que la obra se termine sin medir los sacrificios, por que ha de tener como consecuencia lógica la reducción de los armamentos, limitando las exigencias de la paz armada. No se argumente con que Chile no hará la obra en la parte del trazado que le corresponde. Los que conocen las necesidades del Norte de aquella Nación, saben que la línea se hará si llega a su frontera, impuesta por las conveniencias de aquella extensa zona que quiere como nosotros los del norte argentino, liber-

dad económica, aire y vigor propio, no prestado, aunque se trate de hermanos, interesados o sin interés.

Necesitamos también de inmediato, terminar las líneas a medio hacerse, de Barranqueras a Metán, y de Embarcación a Formosa. Estas líneas acercarán los pueblos de la cordillera al litoral, en quinientos kilómetros de vía férrea que habrán de economizar hasta el Paraná. Su consecuencia inmediata, será acrecentar y abaratar la producción de las regiones donde se cultivan los frutos de la zona tórrida, como la caña de azúcar, el algodón, el café, el tabaco, el arroz, la chirimoya y la palta; y entregar a la producción nacional las feraces regiones de los Chacos que pueden dar trabajo a muchos millones de europeos que padecen hambre y a los centenares de miles de argentinos que imploran empleos en los que cifran su porvenir, no obstante ser dueños de inmensas tierras improductivas y muertas.

Debe también terminarse la línea que de Embarcación se interna en el corazón del Continente rumbo a Santa Cruz de la Sierra, la región más feraz del mundo sin exageración alguna, rieles que han de tenderse sobre un suelo del que brota el petróleo, y abrirse la picada entre árboles de palo santo, palo rosa y otros más ricos que los más ricos de todo el mundo. Pero lo que falta por hacerse, debe ser contratado con Compañías serias, pues por administración, las obras no terminarán nunca y acabarán por devorar infructuosamente las entrañas de la Nación.

Las razones que tengo para hacer tal afirmación las dí en la Cámara de Diputados hace dos años. Nada ha cambiado de ese tiempo hasta ahora en esa rama administrativa.

El día en que se terminen estas líneas férreas, no sólo habremos dado con la solución del problema de enriquecer las Provincias del Norte y poblar sus desiertos y los del Chaco y Formosa, sino que la ganadería y agricultura de las provincias del litoral habrán conquistado mercados seguros que las pondrán al abrigo de las contingencias de la baja repentina de los precios en los mercados europeos.

En la mitad de Chile, en casi toda Bolivia y en gran parte del Perú, la carne es escasa y cara. Pudiendo llevarla desde aquí, con facilidad, instalando además un frigorífico en Jujuy, puede abastecerse a estos mercados a bajo precio, brindando el artículo a las clases pobres, lo que aumentaría enormemente el consumo. Lo mismo acontecería con nuestros granos, fo-

rrajes, maderas y otros artículos de los que carecen en absoluto aquellos países y los millones de hombres que los habitan.

Para una Nación que debe ocho mil millones de pesos, no es nada aumentar la deuda en doscientos millones, que en seguida han de redituarse miles de millones como consecuencia del enriquecimiento de la Nación.

Finalmente, debe procederse de inmediato a la instalación de altos hornos para la fundición del hierro y de toda clase de minerales en Jujuy, siguiendo el ejemplo que nos han dado el Brasil y Chile, que comprendiendo las necesidades de esta hora, se apresuraron durante la guerra a fundarlos, colocándose en condiciones industriales y de defensa nacional, superior a nosotros.

Jujuy es el lugar llamado para la instalación de estos hornos, porque existe materia prima abundante de primera calidad; tiene el combustible necesario, porque a poca distancia de la ciudad, en los lugares llamados Tilquiza, Cucho, Ocloyas y Capillas, existe carbón de piedra de la mejor clase; porque hay petróleo; porque abunda el quebracho y las maderas duras en todos sus valles hondos, y porque tiene corrientes de agua con fuerza suficiente para mover los dinamos más poderosos. En Suecia, nación que se precia de producir el acero mejor de mundo, el hierro se funde con carbones de pino y otras especies de coníferas. Hago este recuerdo porque existen técnicos entre nosotros que afirman que solo puede fundirse con carbón de piedra; Jujuy tiene toda clase de minerales; además del hierro, tiene el oro en Rinconada y Santa Catalina; el plomo en Pumahuasi; lignitos en Tilquiza que dieron 6500 calorías en un análisis de parte superficial; mármoles de todas clases en el Toba; hematitas en Agua Caliente y manganeso en varias partes.

Además, la situación es estratégica, bajo todo punto de vista. Se encuentra en las puertas de Bolivia que no tiene hornos, y que es toda entera un mineral inmenso. La fundición determinaría la corriente de un verdadero río de minerales hacia la quebrada de Humahuaca, para seguir transformado y purificado hasta el Río de la Plata. Además, Jujuy está cerca del puerto de Chile que abrirá la línea a Huaytiquina o Socompa, y cerca de Barranqueras y Formosa, cuando se terminen estos ferrocarriles.

La fundación de estos hornos, significaría para el país

plantar el estandarte de nuestra emancipación industrial de Europa y Norte América. Las etapas de la civilización humana se han dividido según la materia prima que ha servido de base a las industrias madres. Así hay la edad de piedra, la del bronce y la del hierro.

Los argentinos estamos plantados en las etapas primitivas de la agricultura y ganadería, y nos falta para igualar en civilización a los pueblos más adelantados, llegar a la era industrial, a la edad del hierro, a la que aún no hemos alcanzado, por culpa exclusivamente nuestra. Todos los años se importan de Europa y de Estados Unidos máquinas agrícolas y artículos de plomo, estaño y hierro, por valor de centenares de millones de pesos, que no hay razón para que no sean fabricados en el país, desde que tenemos la materia prima en abundancia. En Jujuy existen ya dos establecimientos importantes, en los que se funde el plomo y el antimonio.

Señores: La situación económica del país, si es grave no es desesperante, pero a condición de que afrontemos los problemas económicos con la vista levantada, abarcando los grandes horizontes nacionales en toda su amplitud, no como hasta hoy, limitándonos a mirar con preferencia las fronteras de determinadas regiones, o descuidando por completo la vida de las Provincias que no colindan con la de Buenos Aires.

Vale más, por lo tanto, concentrar la atención y el esfuerzo en terminar las líneas férreas que he indicado, que esterilizar los sacrificios de la Nación en diez y nueve líneas en construcción, que no se podrán terminar nunca en la forma en que hoy se hacen.

El plan ferroviario que ha de abrir al organismo nacional un pulmón por el lado del Pacífico y dar vida a arterias pletóricas que habrán de entregar a la civilización las riquezas de los Chacos y Oriente de Bolivia, tendrán como consecuencia forzosa la canalización del río Bermejo que debe internacionalizarse para ofrecer a Bolivia una salida hacia el Atlántico. Realizará también el sueño de la canalización del río Paraná, para los buques de ultramar con los beneficios consiguientes para zonas inmensas.

Lo que oís, no es un sueño de poeta. Todas estas obras están a medio hacerse, y han constituido la aspiración de los hombres del interior, en todo tiempo. En 1857, siendo mi señor padre Ministro de Gobierno de la Provincia de Salta, escribió un libro tratando estos temas, para demostrar que el

día que la nación llevara a cabo una mínima parte de este problema civilizador, se levantarían como por arte de magia, ciudades en el desierto desde el Paraná y Paraguay hasta los Andes, como las que nacieron en las regiones desiertas de Estados Unidos, con tierras más pobres que las nuestras, pero con vías de comunicación fáciles y baratas.

Este trabajo fué traducido por viajeros tan ilustres como Martín de Moussy al francés, y por Pablo Mantegazza al italiano, que encontraron el proyecto perfectamente practicable, y lo señalaron entonces a los gobernantes argentinos, como de carácter urgente e impostergable.

En estos momentos, tiene su mejor propagandista en un diplomático joven y talentoso, el Ministro Argentino en Bolivia Dr. Horacio Carrillo, que ha escrito un libro digno de todo elogio, sobre la materia. En su libro señala la necesidad imperiosa de facilitar la terminación del ferrocarril de la Quiaca a Atocha; la construcción del ferrocarril de Yacuiba a Santa Cruz y ramales; internacionalizar el Bermejo dando a Bolivia una salida al mar y acercándola con un ramal férreo a las Juntas de San Antonio. Y como coronamiento de estas obras, un tratado de comercio que fomente la riqueza de ambos pueblos.

Por desgracia, los políticos y economistas argentinos, nunca prestaron la atención que debían a estos problemas, y dejaron que Chile nos arrebatara el comercio de Bolivia, cegando la ruta de la quebrada de Humahuaca que había alimentado el comercio de más de la mitad de nuestra República durante tres siglos, ruta que principia a abrirse de nuevo con el ferrocarril de la Quiaca a Atocha y La Paz. No sospechaban los hombres del litoral, ni los gobernantes argentinos de otro tiempo, los miles de millones que había de costar al país aquel descuido, no sólo por la pérdida del comercio boliviano, — por la anemia del Norte Argentino, — sino por la paz armada de que había de ser su consecuencia.

El descuido y la indiferencia de los problemas de las fronteras de las naciones, observaba Tácito, hace miles de años, recordando los avances de Roma, los pagan tarde o temprano los pueblos con su tranquilidad y su sangre, cuando no con su libertad y muerte.

Para solventar la pesada deuda que los argentinos llevamos encima, necesitamos, repito, seguir una política sabia y previsora, como la del sueño de Rivadavia, que quería abrir

canales hasta los Andes a través del desierto y de la pampa.

La nación cuenta con riquezas inmensas: las tierras fiscales de los Chacos y sus bosques; el petróleo y el carbón, en el Norte y en el Sud; gran cantidad de hierro en mi Provincia y en toda la Cordillera, junto con otros minerales que solo esperan la acción de los hombres de gobierno para convertir al niño anémico en adolescente plétórico de vida, capaz de crecer solo y resistir los ataques y embestidas que le llevan los malos gobernantes que pueda depararle el destino.

La cuestión de las vías de comunicación, es algo en que insisto porque toca en lo más hondo a la vida de la Nación. Son lo mismo que los huesos y tendones en el cuerpo humano. Debemos tratar de manejarlos nosotros mismos, evitando que los manejen por completo manos extrañas.

Descudarlos, vale tanto como dejar librados a su suerte a las industrias madres.

Las Provincias en estos momentos, viven luchando penosamente con las cargas de los fletes, a los que hacen competencia las tropas de carros, en cortas distancias. A ellos se agregan los derechos de Aduana y los impuestos nacionales y provinciales que gravan en forma aplastante el esfuerzo de la producción. La riqueza de las Provincias, es la riqueza de toda la Nación. Es menester que los hombres de la Capital comprendan que enriquecer a los lugares más lejanos, es enriquecer la Capital misma, porque en último término el dinero viene a invertirse aquí, como la sangre que de las extremidades sube forzosamente a la cabeza, para dar vida al cerebro y tonificar el pensamiento.

El problema de las vías de comunicación ha de resolver también el del riego, que hará de lugares pobres y desiertos como los de La Rioja y Catamarca, oasis tan ricos y feraces como los productores de fruta de California, que han dado a la Nación del norte muchos más millones que sus minas de oro. El subsuelo de las provincias Andinas tiene depósitos inmensos de agua que espera el trabajo del hombre para aflorar sin dificultades. Allí la hectárea con riego, que significa la fruta inmejorable, el olivo y la vid, rinde una utilidad superior siempre a mil pesos por año, que suele elevarse hasta tres y cuatro mil pesos.

Es indispensable por ello que se proceda de inmediato a la confección del plano hidrológico de las zonas irrigables de

aquellas Provincias, y se estudie la fuerza de nuestros ríos aprovechables para la industria.

Yo creo, señores, que las distintas regiones del país deben confederarse económicamente, para estudiar los problemas que afectan su vida y progreso, para ofrecer el resultado de sus estudios a la consideración de los poderes nacionales y de la opinión del país.

Los gobernantes, a su vez, tienen el deber de traer su demanda a estos mismos poderes y exponerlas al pueblo a fin de que se forme juicio llevando la demanda, hasta la balanza de la justicia nacional. El silencio, la indiferencia y la falta de preocupación de parte de quienes tienen en sus manos la suerte de los pueblos, son los causantes de nuestro lamentable fracaso. En adelante la preocupación de nuestros hombres públicos debe ser la de una administración en bien de los pueblos, no de los intereses transitorios de un partido.

Los pueblos del interior, los más lejanos y desvalidos, deben tratar de que sea una verdad, siquiera relativa, el precepto constitucional que establece la igualdad de las cargas públicas para todos los habitantes de la Nación. Para llegar a este fin, debe principiarse por dotarla de depósitos de aduanas interiores, a fin de que las mercaderías que se introduzcan del extranjero, vayan directamente al punto de destino sin gravarse enormemente en el costo como hoy sucede, con la estadía innecesaria en los depósitos de nuestros puertos. El Diputado Nacional por la Provincia de Córdoba Dr. Arturo M. Bas, es autor de un proyecto y estudio completo sobre el particular, el que se encuentra en la Cámara a la espera de su sanción.

Vuelvo aquí sobre la cuestión fletes de los ferrocarriles que afecta más de lo que parece la vida de las industrias del interior.

No se crea que el abuso en este punto, es solo de las empresas extranjeras; lo mismo acontece con las líneas del Estado. Todas las pequeñas industrias del Norte están muertas por esta causa. Resulta más barato en ciertos casos el transporte de carga en carros que por ferrocarril. No veo por qué no ha de oírse a los representantes del comercio y de las industrias de la Provincia en la confección de las tarifas ferroviarias y aduaneras.

Desde luego, la dirección de ferrocarriles, debe, como la justicia o los bancos del estado, encontrarse al abrigo de las

influencias nefastas de la política. Debe buscarse que en su dirección se encuentren representados los intereses regionales. Además, las líneas de la Nación no han de servir para explotar las industrias de las Provincias, sino para favorecerlas y estimularlas. El ferrocarril Central Norte debe llegar hasta Buenos Aires, siguiendo el trazado que indiquen los técnicos, sin perjudicar ni hacer competencia a los capitales extranjeros. En todo momento debe tenerse presente en la cuestión fletes, evitar perjuicios al interior, como se hace en ciertos casos por inconciencia o descuido. Así, el plomo en bruto que viene de Jujuy a Buenos Aires, tiene un flete relativamente soportable, mientras que el mineral fundido allí se lo grava en forma que resulte más beneficioso levantar los hornos y traerlos a esta Capital. De tal manera se congestiona cada día más esta ciudad, debilitando sin causa a las Provincias.

El artículo 108 de la Constitución Nacional dice textualmente que las Provincias no pueden establecer Bancos con facultades de emitir billetes sin autorización del Congreso federal, lo que quiere decir que con autorización del Congreso pueden hacerlo. Este es un punto interesante que debe ser materia de preocupación, no sólo de los gobernantes de las Provincias, sino del Congreso de la Nación. Economistas que no han estudiado sino teóricamente el punto, han temido que pudiera producirse la confusión monetaria en el país si se reglamentara esta facultad. Los hechos desvirtúan este temor. En muchas Provincias circulan desde hace cincuenta años monedas llamadas bonos de tesorería, sin permiso ni control ninguno, que cuando no degeneran en el abuso, por exceso de emisión, prestan incalculables servicios a las Provincias, sin producir la confusión ni los trastornos que se temen. Podría reglamentarse la facultad de fundar Bancos y emitir billetes bajo la condición de que las Provincias ofrezcan las garantías necesarias para la conversión del cambio en moneda nacional, cuando se trata de las relaciones comerciales con las demás provincias o del exterior.

Su resultado sería el de dar un gran impulso a sus industrias que se debaten penosamente por la falta de instituciones de crédito, por lo que el pequeño productor es casi siempre víctima de los usureros o intermediarios en las ventas.

Es menester destruir prejuicios que irrogan grandes daños a la economía nacional. Así se ha hecho una especie de conciencia en el litoral, según la que, la industria azucarera,

ha vivido y vive solo de la protección que le dispensa el Estado. Eso lo creen aquí todos como artículo de fé, sin detenerse a averiguar si ello es o no exacto. Nada más falso, sin embargo. A la industria azucarera se le prestó protección cuando fué mñester salvarla de las asechanzas del exterior. Es público y notorio que Alemania y otros estados, antes de la guerra, ofrécían el azúcar a precio inferior al de costo para matar la producción en el país y después hacérnosla pagar a precio de oro. Así, mientras la ofrecían a veinte centavos el kilo en Buenos Aires, la vendían a cincuenta centavos en Chile y Bolivia. Se ignora que cuando en el país no se producía azúcar suficiente para el consumo, se la hacían pagar a precios fabulosos los países productores. Debe tenerse en cuenta, además, que este dinero queda en el país y tonifica todas las industrias nacionales, mientras que el que sale por compras de artículos al extranjero, va a enriquecer al extranjero y debilita al país. La nación, ha evitado que salga de la riqueza común como consecuencia del consumo de nuestro azúcar el doble de la cantidad de millones de existen depositados en la Caja de Conversión, millones que hoy tonifican y dan vida a todas las industrias.

El descuido de los intereses económicos de las provincias ha sido causa de la muerte de la industria del arroz y del tabaco, entre otras. Esta última industria, que en un tiempo llevó la abundancia a las campañas de las provincias del Norte, fué gravada por gabelas nacionales, al extremo de darle muerte. Nadie puede formarse idea de la cantidad de millones que anualmente salen del país en pago de este vicio, que si no hace tantos estragos como el alcohol en el organismo, no deja de tener consecuencias funestas para la salud de la raza. Los millones que hoy pierde la nación por este concepto, los ganaría si la industria no hubiera sido muerta por la torpeza de las autoridades nacionales de otros tiempos.

Después de la guerra, los economistas de toda la tierra y naciones como Inglaterra, en las que era dogma la teoría del libre cambio, no piensan como antes. En todas partes se protege hoy a las industrias propias, a las ya cimentadas, y a las que nacen, sea con privilegios de orden interno, sea con leyes prohibitivas a la importación. El ideal es hoy para todos los pueblos, bastarse a sí mismos, sin necesidad de ayuda extraña, sin llevar su dinero a otros países cuando puede quedar en la propia casa para enriquecer a los hijos de la misma familia.

En ninguna materia se requiere tanta previsión e inteligencia en el gobierno de los pueblos, como en estas cuestiones. Como acontece con el cuerpo humano, una imprevisión o descuido es causa de daños irreparables. Así, entre nosotros, cuando se resolvió cerrar las puertas a la exportación de nuestros cereales durante la guerra, se dictó una medida general, sin estudio previo. Se pensó como siempre en el litoral y nada más. No se tuvo en cuenta que la producción del interior nunca podría llegar a exportarse por razón de la distancia, y la consecuencia fué que al año siguiente de la medida, se arruinaron todos los agricultores que cultivaban porotos y garbanzos en el Norte, produciéndose luego hacia estas regiones un verdadero éxodo de hambrientos que por centenares se desparramaron en los pueblos de nuestras pampas, trayendo los males consiguientes a las enfermedades que producen la miseria y el hambre. Aconteció también que Buenos Aires tuvo que importar estos cereales de Chile por valor de varios millones de pesos al año.

Durante la guerra, la importación de plomo fundido había disminuído considerablemente al punto de ser casi nula. Entonces, nace en el país esta industria, fundándose hornos en Jujuy, Salta y otras provincias. Pero apenas nacida, en vez de recibir la ayuda que debía de los poderes nacionales, estuvo a punto de ser ahogada en su cuna, porque terminada la conflagración, las naciones que habían hecho enormes provisiones del artículo, lo ofrecieron barato para hacer lo que los economistas llaman el *dumping house*, la limpieza de la casa. Y fué menester librar una lucha homérica para conseguir que no se abrieran nuestros puertos a la importación del plomo libre de derechos. Lo mismo aconteció con el cemento.

En estos instantes la industria del plomo se encuentra de nuevo amenazada por un golpe mortal, bajo pretexto de proteger la edificación de casas baratas, declarando libres de derechos su introducción en lingotes, barras, planchas, etc. Existe en esta medida un doble error. Lo que abarata la edificación, es el precio bajo de los ladrillos, la cal, la arena y la madera, sin contar la mano de obra. Así lo declararon los profesionales técnicos en el Congreso reunido en el año 1920 en esta Capital. El precio de costo de una casa, de las edificadas en el barrio Juan F. Cafferata, es aproximadamente de \$ 13.000. El plomo empleado en diversas formas en cada una, es de 240 kilos más o menos con un valor de \$ 120,00.

La liberación de derechos proyectada de \$ 0,10 moneda nacional, daría una economía en el costo de \$ 24,00, capital que gana al 8 %, \$ 1,92 al año, o sea \$ 0,16 por mes. Como se ve, no se abarata nada y se hiere de muerte a una industria nacional.

Nosotros no debemos matar esta industria, que en mi provincia y en otras da ocupación a varios miles de hombres; que es necesaria para la fabricación de toda clase de artículos de primera necesidad mezclada con el estaño y el cobre y que es indispensable mantener para la misma defensa de la Nación.

Me consta que la principal casa productora y exportadora de plomo de España, trata en estos momentos de establecer fundiciones en Jujuy. Si se exime el artículo de derechos a la importación, no tendrá necesidad de ello. Habremos esterilizado el esfuerzo de varios años, arrojando a los vientos muchos millones de pesos y causado la miseria de miles de argentinos para enriquecer la producción de España. Yo no dudo que nuestros hombres de gobierno han de volver sobre sus pasos, no consintiendo que se sancione un proyecto de ley suicida.

Señores: Los errores de los mandatarios suelen tener consecuencias funestas para los pueblos.

Los argentinos hemos perdido el mejor cuarto de hora que nos ofreció el destino para enriquecernos durante la guerra mundial.

Preocupados de cuestiones internas, en instantes en que se jugaba la suerte del mundo, no supimos aprovechar las ventajas que nos ofrecía la situación de Europa, para ganar dinero con el precio de los cereales del que sacaron provecho los norteamericanos por valor de miles de millones que con más previsión hubieran quedado en el país. No aprovechamos las ventajas del cambio del oro en el que hemos resultado con pérdidas, y no pensamos en independizarnos industrialmente como el Brasil y Chile que nos llevan buen trecho de ventaja en tan importante camino. Muy doloroso es decirlo —del primer rango como nación civilizada— si la cultura ha de medirse por el desarrollo de las industrias, las ciencias y las artes, los argentinos hemos descendido al tercero en los últimos tiempos. No creáis que hablo con pasión. Como países industriales, Brasil y Chile estaban por debajo de nosotros antes de 1914. Sin preocupaciones de índole interna, auscultaron las necesidades de sus pueblos, y lo primero que encontraron in-

dispensable hacer, fué la fundación de hornos de alto poder para elaborar el hierro y toda clase de minerales. El resultado ha sido el que vais a conocer por boca de uno de los economistas más inteligentes y honrados que tiene la República, el Ing. Alejandro Bunge, Director de la Oficina de Estadística, que en un reportaje publicado hace pocos días en *La Nación*, refiriéndose al resultado de sus observaciones sobre el estado de las industrias en el Brasil, dice: "Lo que he podido ver sobre el desarrollo industrial en el Brasil, supera cuanto hubiera podido imaginar al través de las informaciones obtenidas en los últimos años. Todos los Estados del Sur hasta Río, y muy en particular San Pablo, están en un período de vigorosa transformación económica, merced a una política industrial inteligente y francamente protectora de la industria nacional, que se viene practicando con perseverancia y método desde 1911, con el concurso patriótico del Gobierno y del pueblo".

"Las consecuencias de esta sabia política son realmente impresionantes en el orden económico, cultural y demográfico. El Brasil está desarrollando todas las industrias posibles, desde el carbón y el hierro hasta los tejidos de algodón, de lana y de seda. Todo se hace en el país, al amparo de esa acción de fomento y estímulo. Las clases pobres salen de la indigencia encontrando medio digno de vida en los varios cientos de fábricas que cada año se instalan y en los ensanches que permanentemente están haciendo las ya existentes. Las ciudades se transforman, la edificación, los caminos y las empresas de diverso orden surgen por todas partes".

"En cambio las importaciones no aumentan; disminuyen rápidamente, si se las considera en proporción a la capacidad de consumo de la población. Esa capacidad de consumo, que aumenta considerablemente con las múltiples industrias, da vida a su vez a esas mismas industrias y todo esto se produce sin perjudicar el desarrollo de los numerosos cultivos de esa zona de riqueza extraordinaria, como el algodón, la caña de azúcar, el arroz, la mandioca, el maíz, el tabaco, la viña, el té y otros cultivos relativamente nuevos que se suman al "café".

"Pienso que ningún argentino con responsabilidades directivas en la vida de su país, debe dejar de visitar San Pablo y Río, conocer algunas de las grandes fábricas y examinar la política económica que ha producido esta transformación".

¡Qué pena causa en el alma de los buenos argentinos leer

estas páginas, y pensar que nosotros podíamos encontrarnos en igual o mejor situación, si hubiéramos tenido la suerte de una acción administrativa semejante!

En Chile ha acontecido lo mismo que en el Brasil. Allí se elaboran hoy una cantidad de artículos que los argentinos importamos del extranjero. Si continuamos la política de perder el tiempo, los argentinos, en pocos años más, seremos tributarios de la industria del Brasil y de Chile. Esta es la verdad desnuda que es menester decir la bien alto.

Sigamos con los problemas económicos de orden interno que son mucho más graves de lo que parecen.

En estos momentos se encuentra en tela de juicio la cuestión de la nacionalización de los impuestos internos. Se trata de algo tan grave, que afecta tan íntimamente la vida nacional, que no puede ser resuelta por las ideas de un hombre, por inteligente que sea. Es mi opinión que debe reunirse una convención formada por los hombres más preparados de la Capital y de las Provincias para que discutan y acierten en la solución más conveniente para todos, si no queremos exponernos a que el remedio resulte peor que la enfermedad. Esta comisión deberá también resolver la forma de gravar el ausentismo de nuestros millonarios que anualmente llevan más de veinte millones al extranjero; la exportación de la renta de capitales que es de setenta millones de pesos por año aproximadamente; y por último, no hay ninguna razón para que se grave en tres o cinco centavos el kilo de azúcar y no se grave con medio centavo el kilo de harina y el de la carne. Debe ser también materia de solución, el problema del latifundio en las partes que ahoga a nuestras ciudades.

Nuestro Ministro de Hacienda es hombre de talento, honrado y patriota; pero ni él ni nadie puede acertar, solo, a abarcar en todas sus faces el complicado problema de los impuestos internos. Desde luego, la sanción de su proyecto tal como lo propone, significaría la muerte de Jujuy, que había de quedar condenada sin causa a la despoblación, la miseria y la muerte. En cambio enriquecería a otras que, no producen por causas que no debo ocuparme. Los jujeños jugaríamos así el rol de hermanos que trabajan para sostener las necesidades y los vicios de los hermanos más desgraciados que, con culpa o sin culpa, no producen ni trabajan. Fovorezcámoslos con diques u otras fuentes de trabajo, pero no a costa de nuestra vida y esfuerzo.

He cambiado ideas sobre el punto con el señor Ministro de Hacienda, y me complace en hacer constar que como todo hombre de talento de orden común que no es vidente, no se aferra a sus opiniones y oye observaciones justificadas.

La cuestión aduanera, tiene también más importancia que la que se cree. Habría ante todo que proceder con mucho tino en la designación de Ministros y Cónsules en los países limítrofes, que deben ser hombres nuevos y estudiosos y estar bien penetrados de las necesidades de nuestro comercio y de los pueblos donde nos representan, para aconsejar todas las medidas que han de favorecer a la producción nacional. Así en la Banda Oriental, se importan alcoholes de Holanda y otras partes, cuando nosotros podríamos suministrar el mismo artículo, más barato y de mejor calidad, de Jujuy y Tucumán. Lo mismo ocurre con las maderas, con ciertos cereales y con los vinos. Acaso convendría exigir a Ministros y Cónsules, que anualmente envíen una memoria sobre estos tópicos para hacerlos conocer de los hombres de negocios.

Señores: La vida de los pueblos, a partir de 1914, no es la misma de antes. Hasta entonces, sin mayores peligros, podía delegarse la tarea de la administración en los políticos militantes. Hoy la vida política y administrativa, más que lucha de profesionales de la misma categoría social, en pugna por lograr cargos encumbrados, es lucha del capital y del trabajo, de hombres que producen y de los que quieren vivir del trabajo de otros. Hoy, los primeros interesados en la política de la nación, deben ser los que tienen algo que defender y los que viven de su trabajo, los que producen. Los grandes partidos deben tener como órganos motrices, como células primarias, a los gremios productores, a fin de que defiendan eficazmente las industrias madres, de todos sus enemigos; de los capitales que les succionan la sangre con las tarifas de ferrocarriles y demás empresas de transporte; de los intereses regionales de ciertos hombres públicos, que pretenden que el pago de las cargas de toda la nación recaiga sobre determinadas regiones, haciendo servir sus industrias de instrumento para propaganda electoral en la Capital de la República; para exigir de los poderes nacionales la ayuda que se debe a todos como miembros de la familia argentina; y para llevar a los gobiernos de provincia y a la representación nacional, hombres preparados e inteligentes, capaces de defender los intereses regionales y los de toda la nación, con sacrificio de los

suyos propios. Por mucha y justificada que sea la repugnancia que la política inspire a los hombres de negocios, en adelante, que defenderse a tiempo, si no se quiere que llegue la hora en que, como Aníbal a los mercaderes de Cartago, se les diga cuando ya no hay remedio, que vayan a llorar sobre sus mercaderías.

De mi parte, señores, es mi propósito invitar a varios gobernadores de provincia a una conferencia, a fin de ponernos de acuerdo en la solución de los problemas económicos que afectan íntimamente la vida de las regiones del Norte y del Oeste argentino. Necesitamos defender y proteger los azúcares y demás industrias del Norte; los vinos y frutos de la Cordillera; las maderas de los Chacos y Santiago, Jujuy y Salta. Proponer y exigir de los poderes nacionales todas las medidas que signifiquen un alivio en la pesada carga de impuestos que soportamos; solicitar y exigir la ayuda necesaria para que nos sea dado fundir en abundancia el hierro y otros metales para emanciparnos económicamente de Europa. Ponernos de acuerdo acerca de la forma de sacar el mayor provecho posible del petróleo, defendiéndonos de los trusts mundiales, para que no ocurra lo que con los boratos de Jujuy, sustraídos al comercio universal por los intereses de quienes mataron su explotación para que no hagan competencia a las más cómodas y baratas de la costa del Pacífico. Si esa confederación de intereses hubiera existido antes, se hubieran evitado muchos escándalos, que llevaron hace tres años al borde de la ruina a las industrias madres del interior, habiendo quedado aun maltrechas algunas, como la de la explotación de bosques, por las concesiones indebidas, que hizo el gobierno de entonces, a políticos de la Capital, en las selvas fiscales de los Chacos, y el proteccionismo de los Ferrocarriles del Estado, que celebraron contratos leoninos que yo denuncié en la Cámara de Diputados, que se registran en un libro oficial, contratos por los que se ha llevado durmientes de los Chacos a Huaytiquina y Embarcación, como si dijéramos naranjas y bananas al Brasil y al Paraguay, arruinando los obrajes de aquellas provincias, que tienen el mismo artículo, de mejor calidad y más barato, a poca distancia, o sobre las líneas mismas en construcción. Por último, soy de opinión que las provincias del Norte deben tener en la Capital una exposición permanente de productos, que costaría muy poco a nuestros capitalistas.

Señores: Yo no pretendo haber dicho nada nuevo ni haber ilustrado ninguna materia. He debido, para no fatigar demasiado vuestra atención, limitarme a rozar temas cada uno de los cuales reclamaría la extensión del libro.

Como gobernador de Jujuy he venido, ante todo, a hacer sentir la demanda de mi Provincia ante los poderes nacionales y la opinión del país, sobre lo que creo que tengo derecho a exigir en estos momentos para su progreso, que es también el progreso de la nación.

Antes de terminar debo decir que las provincias deben confederarse, además, para la solución de otros problemas que indirecta o directamente son, también, problemas económicos; así los que se refieren a la salud de sus habitantes y a su cultura, íntimamente ligados con los de la producción de la riqueza. Por lo que al Norte se refiere, creo que las provincias no deben descansar tranquilas, a la espera de la acción exclusiva del gobierno de la nación. Por mi parte, he resuelto acometer resueltamente, la solución del problema del saneamiento de las zonas palúdicas, del alcoholismo y del de la tuberculosis, destinando para ello, el diez por ciento de la renta de las Municipalidades. Con tal fin he sometido a la aprobación de la legislatura, un proyecto de ley que, espero, ha de sancionarse.

El mandato claro que el destino impone a los gobernantes del día, es el de abrir todos los cauces de la producción al trabajo nacional, y orientar sabiamente a la juventud, poniéndola en el sendero de las industrias, de la ciencia y del arte, ofreciéndoles campo para su actividad y su esfuerzo, alentándola con la esperanza del triunfo seguro, que llega cuando se dispone de todo lo necesario para ello, en un país como el nuestro. “Eres dueño de todo el mundo y no tienes con qué comer”, — dice un personaje de Aristófanes a un hombre del pueblo de Atenas, que solo piensa en la política y en lograr un empleo. “Es que los que te gobiernan, — agrega—, te han mantenido así para explotarte con fines electorales”. Hago la cita de memoria. Tampoco afirmo que nos cuadre el pasaje como de molde, pero creo que algo de oportunidad tiene, pues no existe exageración en decir que hay legión de mendicantes entre los argentinos, que sólo piensan, como el personaje de la comedia griega, en un empleo, cuando la riqueza se brinda por todas partes al hombre animoso. Es que la fábrica, los rieles y las facilidades al crédito, deban marchar paralelamente con el progreso de las escuelas y de las universidades.

La providencia al hacernos detentadores de una de las porciones más bellas de la tierra, nos ha impuesto la responsabilidad de hacernos creadores para nosotros y para el mundo, de una civilización original como la que alumbrara con la Grecia de los héroes y artistas.

Señores: Roguemos a la providencia para que nos alumbré a todos en el cumplimiento del deber.

BENJAMÍN VILLAFANE.